

Modalidad: Relato corto

Categoría: A partir de 19 años

Título: Cambios

Seudónimo: Balabushka

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno. En mi cabeza, sin embargo, el invierno tenía establecido su campamento desde hacía un par de semanas. En ese tiempo Susana había permanecido ausente, instalada al otro lado de una barrera invisible que cada vez se espesaba más entre los dos, desplazándonos por un camino que me resultaba indescifrable. Estaba convencido de que me iba a dejar, por eso le propuse aquel viaje improvisado a Bermeo. Allí nos habíamos conocido y allí esperaba salvar lo que quedara de nuestra relación.

Recorríamos la carretera de la costa y decidimos hacer una parada en un mirador con vistas a San Juan de Gaztelugatxe. Atardecía. El silencio sólo era roto por el rumor lejano del batir de las olas sobre la base de la montaña. Silencio e invierno en mi pecho, en mis piernas, en mi garganta. A nuestros pies los escalones de acceso a la ermita se retorcían como lo había estado haciendo nuestra convivencia durante años. Dos veranos atrás nos habíamos dado un descanso. Fueron los tres meses más largos de mi vida. Me descubrí incapaz de estar con ninguna otra persona. Pero, ¿y Susana? ¿Conoció a alguien? ¿Había regresado ese alguien a su vida? La miré. Su silueta minúscula y nerviosa. Las manos escondidas en los bolsillos del pantalón. El pelo danzante por el viento. El rostro abandonado a una especie de melancolía, a medio camino entre la ensoñación y el hastío. “*Voy a dar una vuelta*”, dijo perdiéndose entre unos árboles. Nieve y más nieve.

Regresó después de unos minutos. Tenía los ojos abotargados y los labios enrojecidos. No me explicó nada. “Vámonos”, susurró simplemente. Nos subimos al coche pero, cuando intenté arrancar, la caja de cambios no respondió. La palanca se quedó atascada en la marcha atrás, el contacto hizo un ruido extraño y, finalmente, el motor se apagó. Mi pobre coche. Demasiados kilómetros. Demasiadas curvas. Siempre conmigo. Con nosotros.

Llamamos a la grúa y nos recostamos en los asientos a esperar. Entonces, de nuevo, se hizo el silencio. Una luna tímida asomaba en el horizonte bajo el diapasón amarillento de nuestras luces de emergencia. Mis venas estaban cubiertas de escarcha. Avancé mi mano hacia la nuca de Susana, pero entonces, de repente ella estiró la espalda, se besó la palma de la mano derecha y después la llevó hacia la guantera. No llegué a rozarla, mi caricia se quedó congelada en el vacío, mis dedos extendidos, crispados, como ramas de un árbol seco.

-¿Qué haces?

-Le digo adiós.

-¿Por qué?

-¿Cómo que por qué? Este coche ha sido muy importante para mí – musitó con voz temblorosa. Tomó aire, como si se preparase para atravesar buceando varios océanos -, ¿a ti no te da pena?

Un par de lágrimas dibujaron el perfil de su nariz, le cayeron despacio por las mejillas, y se estrellaron finalmente entre sus zapatos.

-Podemos... arreglarlo – respondí, sin saber si me refería al coche o al futuro de nuestra pareja.

-No, ya no. Aquí ya no hay sitio para recuerdos nuevos. – dijo peinándome el flequillo con sus uñas. Después clavó la barbilla en el pecho, abrió la puerta y salió de nuevo al mirador.

Seguí sus pasos. No podía más. Tenía que preguntárselo.

-¿Qué ocurre? – dije lleno de ventiscas, de tormentas de granizo - ¿Tienes algo que contarme?

Se volvió hacia mí. Caminaba muy despacio, saboreando cada paso. Era una funambulista de puntillas sobre una cuerda suspendida entre dos edificios.

-Sí, la verdad es que sí. Pero estoy asustada. No sé cómo decírtelo y no sé cómo vas a reaccionar.

-Hay alguien más, ¿verdad? – escupí sin poder contenerme.

-Bueno, sí, en cierto modo – dijo, y a continuación comenzó a reír. En ese instante mis rodillas amenazaron con doblarse en la dirección contraria. Sentí unas ganas terribles de vomitar. Ya no quería escucharla. Estaba desnudo a cien grados bajo cero. Sonó entonces un claxon. Dos. Tres. La grúa. Mi salvación. Ya no tenía que oír nada. Me aparté de ella. Pero me atrapó, me envolvió otra vez, me abrazó por la cintura.

-Martín, Martín, Martín, ¿es que no te das cuenta? – ronroneó arañándome la espalda -, ¿No ves que vamos a tener que comprar un coche más grande?

-¿Qué?

El hombre de la grúa enganchó la polea a nuestro parachoques. En unos segundos nos iba a llevar de vuelta a la realidad. Una realidad distinta, que yo presagiaba invadida de un invierno perpetuo.

-Todo va a cambiar – dijo Susana -. Ha llegado la hora de ser adultos, y quiero que estés preparado.

-Pero.... ¿preparado? ¿Para qué?

-Martín, estoy embarazada – dijo. Y de pronto fue primavera.